

## CAPITULO IX

HUBERT DE LAURIAE

UNA feliz casualidad quiso que los magistrados que se dirigían a Santas Marías con objeto de practicar unas diligencias, pasasen cerca del *Viei-Caston-Nou* en el preciso momento en que acababa de descubrirse el crimen. Fueron los primeros en enterarse, y apenas informados volvieron sobre sus pasos.

Cuando Roulétabelle volvió a bajar al parque, se vió entre gentes que ya tenían una opinión cerrada. Como se dice en aquella comarca, ya se habían cantado las vísperas. El joven Sautierne reforzaba la convicción de cada uno, proclamando el rapto de Odette. El juez, que había encauzado diligentemente la información y ultimado las primeras pruebas, tenía entre las manos la bufanda de la señorita de Lavardens.

—Así, pues — decía — ni el señor Lauriac (Hubert), ni la señorita Odette, han dormido esta noche en su cuarto...

Esta bufanda, hallada en el jardín del señor de Lauriac, prueba que él y la señorita Odette se entrevistaron... Todo confirma que el señor de Lauriac es culpable del rapto de la señorita Odette, y todo corrobora que lo es del asesinato del señor de Lavardens. Ya no nos queda otra tarea que la de disponernos a detener al señor de Lauriac. ¿Qué piensa el señor de Rouletabille?—acabó diciendo el juez, satisfecho de exponer conclusión tan clara, basada en argumentos tan sólidos, ante el célebre repórter, harto conocido por todos en Arlés y en Santas Marías.

—*El señor Rouletabille* piensa—replicó el repórter—que usted podrá quizá detener al señor Hubert de Lauriac, pero *nunca detendrá al asesino!*

—¿Cómo? ¿Que no detendremos nunca al asesino?

—No, no le detendrá de ningún modo, pues de ningún modo le descubrirán ustedes.

—Según usted, ¿no lo es el señor Hubert?

—¡Usted dice que todo lo prueba! El pedazo de corbata en las manos crispadas de la víctima no prueba que el señor de Lauriac sea el asesino, como la bufanda hallada en su jardín tampoco prueba que haya raptado a la señorita de Lavardens...

—Rouletabille está loco—gritó Juan—; pero, en fin, ¿a qué defender a ese miserable, acusado por todo el mundo?

—Precisamente porque todo parece delatarle.

Pero Juan, exasperado:

—Tú—le dijo—no quieres nunca compartir el parecer

de nadie. Ello te ha dado algunos éxitos; pero esta vez el orgullo te pierde y te conviertes en defensor de un asesino.

—Y a ti, Juan, el amor y los celos te ciegan.

—Pero, en fin, explíquese usted—prorrumpió el juez—. El señor de Sautierne tiene razón; explíquese usted, explíquese.

—Las explicaciones—respondió el repórter—hay que pedirselas ¡a ése, a ése! Tras de mí, amigos, tras de mí...

Y púsose a dar grandes zancadas hacia la puerta medianera. Todos corrieron tras él y penetraron en el jardín de Hubert, y apenas llegaron vieron ya a Rouletabille enzarzarse fieramente con Lauriac, en el momento en que éste, como un ladrón, con el traje desabrochado, sin cuello y sin corbata, penetraba subrepticamente en su casa, saltando el muro por el punto en que Rouletabille, poco antes, saltara también tras el rastro que venía a parar en el camino hondo detrás de la alquería.

Juan, que fué el primero en llegar después de Rouletabille, pudo oír cómo éste decía con voz apagada a Hubert:

—Acaban de asesinar al señor de Lavardens. Sólo tiene usted un camino de salvación: decir toda la verdad.

Al mismo tiempo el repórter se echó sobre él para sujetarle. Juan se abalanzó en seguida, y a pesar de Rouletabille, le hubiera seguramente estrangulado, si los gendarmes no corren y a duras penas le separan de su presa.

Escupiales al rostro.

—Miserable, ¿dónde está Odette? ¿Qué has hecho de Odette? ¿Dónde la has escondido?

Pero los magistrados ordenaron que todos se apartasen, y se dispusieron a proceder al primer interrogatorio. Rouletabille insistió en calmar a Juan, que tras el primer choque con su enemigo, lloraba amargamente en desahogo pasajero.

—¿Por qué—decía al repórter—le haces retener? ¿Por qué tú mismo le prendes, si le crees inocente?

—Para que se justifique—respondió Rouletabille.

El juez andaba ya enzarzado con Hubert.

—Para que usted haya vuelto aquí, señor, en tal estado, cuando podía suponer que estuviese ya descubierto el cadáver del señor de Lavardens, es preciso admitir que le impulsasen muy fuertes motivos... No se los pregunto... Los conocemos ya. Son las pruebas de su crimen, que usted dejó al descubierto en el primer momento de desvarío y vino luego a buscar: este látigo, que pertenece al señor de Lavardens, y esta carta dirigida a la señorita Odette... También tenemos la bufanda de la señorita Odette... Todo ello se encontró en su casa, señor, con otras pruebas de su crimen... Confiese usted; la pasión le enloqueció, ¿no es eso?

El detenido, que presentaba el horrible aspecto de una bestia acorralada, balbuceó estas concisas palabras:

—¿Han raptado a Odette?

—¿Nada sabe usted?—subrayó el juez levantando los

hombros—. ¿Ni sabía usted siquiera que el señor de Lavardens ha sido asesinado?

—El señor me lo ha dicho—susurró Hubert, señalando con un gesto de la cara a Rouletabille, que se lo comía con los ojos...

—En fin, usted lo niega todo...

—¡Ah!, sí, ¡todo lo niego!—gritó echando literalmente espumarajos de cólera.

—¡Que se le lleve ante el cadáver de su víctima!—ordenó el juez.

—¡Señor juez, señor juez! exclamó Juan—, por favor... ¡Preocúpese ante todo de Odette! ¿Dónde la llevó el miserable? ¡Esto es lo más urgente!...

El detenido dirigió a Juan una mirada fulgurante de odio.

—No sé dónde está—expuso con voz ronca—, pero esté donde esté, ¡me alegro de que no esté a tu lado! Y si he de ser condenado por un crimen que no he cometido, ¡ojalá no se la encuentre ya más!

Tal invectiva se compaginaba bien con el carácter de Hubert, tal como Juan lo había descrito, sin omitir detalle de su salvaje rudeza, en dos frases que, moral y físicamente, pintaban el tipo auténtico del mayoral enamorado de su caballo y pica en ristre a galope tras los rebaños o en días de fiesta, *héroe del herradero*. Los Lauriac, hidalgos arruinados, vinieron a refugiarse en remota fecha en la Camargue, donde se dedicaron a la cría de caballos y de toros, destinados a las corridas que se ce-

lebraban todos los domingos en la Provenza hasta los confines del Languedoc. Hubert, padre, logró reunir una pequeña fortuna y se retiró cerca de Arlés, a Lavardens, a *Lou Cabanon*, que decía el viejo Alari, dejando a su hijo la dirección del «mas», que erguía allá abajo, en el confín del término y de las lagunas, sus muros blancos, que se veían de lejos como imagen fantástica, como falaz espejismo en la transparencia del aire.

Los Lauriac y los Lavardens intimaron como vecinos: el castellano era muy aficionado a la caza y a la pesca y pronto trabó amistad con el joven Hubert, que aprovechó toda coyuntura propicia para ir a buscarle...

Odette, criada muy libremente (la señora de Lavardens murió siendo muy niña aún su hija), sufrió también el influjo rústico de aquel corpulento mozo que le dió las primeras lecciones de equitación; los domingos, en la temporada de las corridas, la joven aplaudía frenéticamente cuando Hubert, con sus formidables brazos, asía los cuernos del toro, retorció a la bestia, y con titánico empuje le hacía morder el polvo...

Ahora bien; Hubert se encariñó pronto con la niña. Nada había en Camargue comparable con Odette. *¡Ol n'ero qu'uno enfant, e n'ero que mai bella.* Aunque parecía muy frágil, nada más intrépido que aquella niña.

Esta contradicción era constante en ella y en toda su manera de ser. Ya tenía la altivez y arrogancia de una pequeña reina, ya era familiar y gustaba, sobre todo, al

parecer, de mezclarse con las niñas aldeanas, cuyos juegos dirigía...

Era rubia como el trigo y la única que en la comarca tenía ojos glaucos como el mar, cuyos párpados, además, cuando sonreía o guiñaba, alargaban de modo raro, dándole, de pronto, el aspecto de muñeca oriental... *Mai l'enfant venié filho, e chasque an, chasque jour, la fasié pu grande e pu gento...* (Pero la niña se hacía moza, y cada año, cada día, crecía en estatura y en gracia.) Hubert no esperó más, y como su padre acababa de morir, pidió, sin más preámbulos, al señor de Lavardens la mano de su hija. El señor Lavardens, que no esperaba ni remotamente tal propuesta, no supo al principio qué contestar. Se echó a reír al ponderar los pocos años de Odette (que acababa de cumplir los catorce).

—¡Oh!—repuso el mocetón—, dígame usted que espere diez años y esperaré diez años y aún más. Lo importante es que sepa que será para mí.

—Sí que eres atroz, buen muchacho, pero yo lo voy a ser tanto como tú... No creo que convengas a Odette ni creo que Odette piense jamás en ti.

—Consúltela usted—replicó Hubert.

El señor de Lavardens se fué levantando los hombros y refunfuñando:

—A lo más, serviría para ser su criado.

Pero él cambió de tono cuando refirió a Odette este raro cuento. La joven contestó incommovible:

—Preciso será que un día me case y Hubert es el más

valiente de la Camargue: no hay mayoral que con él compita en las herradas, ni toro que pueda con él.

Cuando el señor de Lavardens volvió a ver a Hubert, le dijo:

—Nada has hecho por merecer a Odette, y... eres pobre.

—¿Es preciso que me haga rico?—replicó Hubert.

—En Camargue no harás fortuna—dijo el señor de Lavardens—. Es mejor que la intentes en otra parte, después de lo que acabamos de hablar.

—Y si vuelvo rico ¿me concederá la mano de Odette?

—Si vuelves rico y Odette consiente en ello, serás el marido de Odette...

—¡Está bien! No pido otra cosa. ¿Me permite despedirme de Odette?

—Sí, hijo mío.

El día de su partida hasta los dejó solos un momento. Odette lloraba. El joven exigió su palabra.

—Papá me ha hecho jurar por las Santas de no dársela, Hubert; pero vea usted mis lágrimas... Hay que esperar al regreso.

Hubert partió animoso, dispuesto a amasar una fortuna cuanto antes y por todos los medios.

Ahora bien; Odette no amaba, no podía amar a Hubert. Todo lo que había en ella de delicado, su fino espíritu, insospechado por Hubert, fueron apareciendo a compás de la mocedad, esto es, después de la partida de

Hubert; y en ese momento apareció Juan de Sautierne en las Camargues.

Vástago de antigua familia provenzal, acababa de heredar extensas heredades colindantes con el pequeño Ródano y en los alrededores de Santas Marías y prodigó las visitas atraído por el encanto de Odette. Rouletabille, como amigo de su confianza, le acompañó muchas veces y fué también, como él, comensal del señor de Lavardens. Este veía con alegres ojos el sentimiento de amor que empezaba a brotar entre Juan y su hija.

Aquél, poeta y artista, pronto logró que Odette se descubriera a sí misma. Esta se sentía transportada. Hubert se había limitado a mostrarle proezas; Juan le trajo el soplo que transforma a un ser y le revela un mundo más allá de las cosas visibles. Y, además, le hablaba como a nueva Mireya, ¡mirándola tan tiernamente! «Alegre el sol abrió el capullo—su rostro lleva en las mejillas dos hoyuelos—y en su mirada rocío que el dolor ahuyenta—mirada retozona y vivaracha—y un poco bravia—¡Ah! si vierais tanto encanto dentro de un vaso de agua—al punto lo sorbierais.»

Hubert apuró las heces del dolor cuando volvió rico. Para el padre Lavardens, que conocía el carácter del mozo, la vuelta fué una centella, y con razón temía cualquier catástrofe. En cuanto a Odette, no experimentó emoción alguna. Le había casi olvidado al cabo de cuatro años, y, además, adoraba a Juan, prometido suyo hacía poco.

El señor de Lavardens rogó a los jóvenes que ocultasen momentáneamente el noviazgo...; pero ya estaba informado Hubert por toda la comarca.

También él apeló al disimulo: hizo algunas visitas correctamente, reanudó sin segunda intención, al parecer, la vida de antaño, y hasta invitó a pasar a su masía a los novios y a Rouletabille.

Pero cuando Sautierne y el repórter regresaron a París, él empezó su ataque. La embestida fué brutal como siempre. La fortuna no le había cambiado al parecer. Tanto como cazurro se mostrara durante la estada de Juan, se reveló sin tapujos después de su partida. Hubert averiguó la vida de Juan.

Habló a Odette con desprecio de aquel joven de costumbres fáciles, que en París vivía con una bailarina llamada Calixta. Odette, enloquecida, se separó de él. Dejó a su padre, que le era ya insoportable la presencia de Hubert, y le suplicó que la dejase ir con la antigua criada a Aveyron, a casa de una de sus tías. El señor de Lavardens acogió con júbilo la idea, y aquella misma tarde Odette tomó el tren. Dos días después, con gran asombro de su padre, volvió, acusándose de haber procedido como una tonta. Ya había reflexionado, daba como explicación. No quería que Hubert se imaginase que le tenía miedo. La misma tarde del regreso, después de una conversación que el señor de Lavardens tuvo con la antigua criada que había acompañado a Odette, la doméstica fué despedida y marchó a Beaux, su país.

Todo ello fué tan inesperado que nadie en el *Viei Caston-Nou* se explicó la partida. Y denso misterio flotó sobre este singular viaje.

Días más tarde, Hubert se dió a cometer extravagancias. Poníase a beber en medio de un corro de guardas por él convidados en la hospedería de las Santas, y vociferaba que Odette de Lavardens sería su mujer o bien pronto habría novedades en Camargue. Tales murmuraciones llegaron a oídos de Odette y motivaron sus cartas, sus misivas angustiosas a Juan.

Decidido a echarlo todo a rodar, la antevíspera del crimen, Hubert se presentó en casa del señor Lavardens, y aquí entramos de lleno en el drama, y hay que ceder la palabra al acusado.

Digamos antes que la confrontación de Hubert ante el cadáver del señor de Lavardens no alteró un ápice la manera de ser del mocetón. Contempló secamente, y hasta con hostilidad, aquel cuerpo ensangrentado, reconoció sin dificultad su corbata en el trozo de tela de color avellana, pero declaró que era inocente.

—Voy a contarles—dijo—todo lo que ha pasado hasta donde llega mi conocimiento. Cuando acabe, sabrán tanto como yo..., pero no aquí. Aunque permaneciera mil años ante este cadáver no diría que he sido yo el autor de su muerte. Les repito que soy inocente; sépase esto para siempre.

Instantes después relató al juez, en un cuarto del castillo, adonde fué trasladado, lo siguiente: